

XXXV.

Y exclamó la infeliz muy agitada:
“—¡Madre! que allá en los cielos estás viendo
“La inocencia de tu hija desdichada,
“La que pobre, á tu lado aquí viviendo
“No hubiera sido acaso mancillada,
“¡Por el crudo dolor que estoy sufriendo,
“Tú que miras mi bárbara tristeza,
“Pide á Dios que me preste fortaleza!”

XXXVI.

Silencio sepulcral ambos guardaron.
—“¿Y bien, Fernando» prorumpió la hermosa,
—“Aun me amas?”—“Sí, pura te dejaron,
“Virgen es tu alma, tú serás mi esposa.”
Dijo Fernando, y ambos se miraron
Con pasion celestial, ella llorosa
En arranque de amor el labio ardiente,
De Fernando imprimió sobre la frente.

XXXVII.

El paróse diciendo, —“adios, María,
“Volverémos á vernos mas dichosos.”
Ella viendo su frente tan sombría,
Con acentos hablándole amorosos
Lo quiso detener, con pena impía
Presintiendo sus ímpetus zelosos;
Todo fué en vano, que partió Fernando
Matar á Lopez con furor jurando.

FERNANDO Y MARIA.

CANTO SESTO.

I.

¡Sacrosanta virtud! que con la lumbre
De divino reflejo al hombre mismo,
Cuando siente del mal la pesadumbre
Hundido del pesar en el abismo,
Le muestras refulgente la alta cumbre
Del eminente, férvido heroismo;
Presta á mi canto desmayado ahora
Tu fuego ardiente, con tu voz sonora.

II.

Largo tiempo con suerte tan impía
En poder de tan duros malhechores
Permaneció la tímida María
Sufriendo sus violencias y rigores,
En una estancia donde el sol del día
Apénas penetraba sus fulgores,
Por férreas cerraduras resguardada,
Por duros carceleros vigilada.

III.

El cielo quiso al fin que se supiera,
Adonde se encontraba la cuitada;
En hora de la vida postrimera
Al preste declaró la criada
Que la engañó fingiéndole parlera
De su espirante madre la llegada;
Y turba amiga de la jóven bella
Siguiendo á su padrino fué por ella.

IV.

Y la salvaron presto. Respiraba
Apénas libre la infeliz, y junto
Quiso estar de su madre, que se hallaba
Muriendo de pesar en ese punto.
¡Verla morir tan solo le restaba! . . .
Que de una madre el cuerpo ya difunto
Rendida á su dolor, la halló velando
En negra noche el férvido Fernando.

V.

Fernando, que con alma traspasada
Recorriendo los campos impaciente,
Cuando vengar intenta á la cuitada;
Con sorpresa contempla de repente,
Al cruzar silencioso la enramada,
Cabe un corcel un hombre que doliente,
Herido el pecho, con aliento flojo,
Espira de su sangre en lago rojo.

VI.

Veloz como su mismo pensamiento
Del corcel descendió Fernando presto
A auxiliar á aquel hombre, en el momento
En que lo divisó. Su mortal gesto
Contempla con dolor, su último aliento
Le ve echalar cabe su cuerpo puesto:
Siendo la postrer voz del que moría:
“Perdon á Lopez, infeliz María.”

VII.

De justicia divina, incontrastable,
Fué Fernando instrumento, niebla umbría
Su estrago le ocultó, siendo palpable
Su caridad cristiana con el día,
Que al ver su cuerpo yerto, infatigable
Su corcel dirigió donde vivía
Un sacerdote anciano, austero cura,
Para que diera al muerto sepultura.

VIII.

Y despues, á su estancia dirigiendo
Su corcel, en la tarde caminaba,
El pecho lleno de dolor sintiendo
Lo que en ántes zeloso deseaba;
Arribó á su morada percibiendo
Que el carro de la noche se acercaba;
La que pasó en vigilia, abultadora
Siempre de males, hasta ver la aurora.

IX.

Del caos de los misterios tenebroso
Que penetró, por fin, hubo salido,
Asombrada la mente y congojoso
Su corazon por el pesar herido:
Un hombre muerto por su mano, odioso
Autor de mil desgracias, el sentido
Relato de la historia de su amada,
Todo, el alma tenía desgarrada.

X.

Al ver la aurora que el zafir hermoso
Del remoto horizonte matizaba,
Estendiendo en su círculo anchuroso
Cendal de gasa, que transparentaba
El azul de los cielos fulguroso
Por los rosados pliegues que ostentaba;
De su inquietud horrisona á despecho,
En grata calma respiró su pecho.

XI.

Y partió á la mansion de su querida
Que mas interesante considera,
Desde que supo de su triste vida
La historia cuanto amarga, verdadera.
Y á la morada llega, convertida
Su tristeza en delicia lisonjera,
Al pensar que se acerca á contemplarla,
Y en sus amantes brazos á estrecharla.

XII.

Y en su morada estando, no la mira
Y su mansion recorre delirante,
Y á recorrerla vuelve y no respira
Su acongojado pecho palpitante;
Y la torna á buscar, y casi espira
Al perder la esperanza consolante
De verla al cabo; y de buscarla cesa
Al mirar un billete en una mesa.

XIII.

Billete que leyendo, convulsivo
Un suspiro lanzó; de esta manera
La bella le escribió: “De dolor vivo
“Henchida el alma, por la vez postrera
“Mis ansias te diré con el cautivo
“Corazon en tu amor. Parto, y quisiera
“Mas bien que noticiártelo, Fernando,
“Morir mil veces mi dolor callando.

XIV.

“Tus penas aumentar, Fernando, temo,
“Me es preciso partir adonde ignoro;
“Para ser digna de tu amor extremo
“En este valle de perpetuo lloro
“No nos veremos mas; al Ser Supremo,
“Con llanto de amargura yo le imploro
“Que en sitio reservado á desdichados
“Dos amantes reúna desgraciados.”

XVI.

El billete leyendo el que la amaba
Ausentóse de allí con faz doliente
Y aunque por encontrarla se afanaba,
La buscó mucho tiempo vanamente:
El orbe que en su seno la guardaba
Giró dos veces sobre el sol fulgente,
Y entónces una carta lastimosa
Fernando recibió. Decía la hermosa:

XVII.

“Cuando estas letras mires, fiel Fernando,
“Mis restos cubrirá la tumba fría:
“Por tu amor muere, por tu amor llorando
“Continuamente tu infeliz María:
“Léjos de tí, las horas recordando
“Que pasaba en tu dulce compañía,
“Los muros de un convento endurecidos
“Han escuchado solo mis gemidos.”

XVIII.

“No busqué, no, la calma en este asilo
“Que bien adivinó mi pensamiento,
“Que no palpita el corazon tranquilo
“Léjos de quien adora, ni un momento;
“De mi resolucion el débil hilo
“Temí que destruyera el sentimiento
“Del vivo amor que junto á tí sentía
“Y que tu esposa al fin me llamaría.”

XIX.

“¡Yo tu esposa, Fernando! sí, amoroso
“Lo dijiste al mirarme desgraciada.
“¡Yo abusar de tu pecho generoso
“Siendo vil yerba por el hombre hollada!
“¡Y pudiera llamarte en calma esposo
“La muger por un Lopez mancillada?
“Esa muger tan solo amarte puede
“Con un amor que á su desgracia escede.”

XX.

“Ya que no debo verte ni abrazarte,
“Ausente de tu amor, mi triste vida,
“Quiero en pocas palabras relatarte,
“Al darte mi postrera despedida.
“Tan solo en bendecirte y adorarte
“Héme pasado el tiempo dolorida,
“Y casi al espirar, á Dios le imploro
“Por tí Fernando, con profundo lloro.”

XX.

Una lágrima sola, pero ardiente,
Corrió por la mejilla de Fernando,
Y de su patria huyendo prontamente,
En Veracruz la tierra abandonando,
Se embarcó el infeliz casi demente,
Cuando el mar agitado rebramando
Invadir á los cielos parecía.
¡Tal vez en él sepulcro encontraría!

FELIX MARIA ESCALANTE.

